DON ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

Por *JOSÉ LUIS COMELLAS GARCÍA-LLERA*

"Escribo estas páginas, con cierto aire de testamento, para responder a una demanda imperiosa". Siento, en verdad, y con una emoción del alma más profunda de lo que a muchos pudiera parecer, la demanda imperiosa de escribir unas palabras en recuerdo de aquel maestro de historiadores, entrañable por mil razones para todos los que nos dedicamos al oficio, que fue D. Antonio Domínguez Ortiz. Pero debo aclarar desde el primer momento que las palabras que he citado en un principio no son mías, sino las que abren ese maravilloso testamento de don Antonio que se titula *España, tres milenios de historia*, un libro que conoció seis reediciones en un año, y que sigue publicándose en 2005 con el mismo éxito que el primer día. Demanda imperiosa que sintió a lo largo de su dilatada existencia de noventa y tres años un hombre que fue reclamado por su vocación de historiador, y a la que supo responder, incluso en las más difíciles circunstancias, como a un deber de su conciencia, y al mismo tiempo, que una actitud no empece a la otra, con el inefable gozo de desentrañar la verdad histórica, con frecuencia escondida, a veces intrincadamente escondida, en los legajos de los archivos o en los amarillentos textos de los cronistas.

Antonio Domínguez Ortiz pudo ser tallista, como su padre, a quien ayudó en años de juventud, pudo ser maestro nacional, oficio que practicó por dos veces, pudo ser geógra-

fo, asignatura que también explicó en el Instituto, pero finalmente encontró su camino en el campo de la Historia Moderna, una especialidad que le iría ganando poco a poco hasta absorberle por completo, como profesor y como investigador. Supe, en mis tiempos de estudiante ingenuo e ilusionado de la Universidad de Santiago, de la existencia de Domínguez Ortiz a través, curiosamente, de un profesor de Historia Medieval, que me recomendó *La sociedad española en el siglo XVIII*. Poco antes me había encandilado un libro suculento, *En torno a los orígenes del Feudalismo*, de Claudio Sánchez Albornoz, que me permitió convivir la maravillosa aventura de hacer historia, y que pareció encaminar mis pasos hacia el medievalismo. Más tarde, el sólido libro de Domínguez Ortiz me puso en contacto con una historia trabajada con método riguroso y resultados sorprendentes, que me presentó un siglo XVIII lleno de una riqueza y una complejidad que yo estaba muy lejos de sospechar. Por cierto, si todo he de confesarlo, que imaginaba entonces a Domínguez Ortiz como un hombre macizo, ancho, de poderosa cabeza y pisar firme: es curioso pensar cómo los libros pueden transmitirnos una imagen falsa del aspecto físico del autor. De ahí que cuando, bastantes años más tarde, conocí a don Antonio en persona, mi sorpresa fuera mayúscula. Bien. Mi última digestión fecunda de un gran libro fue, ya en quinto de carrera, la de *La Crisis del Antiguo Régimen en España*, de Federico Suárez, que descorrió de una vez para siempre las cortinas que me ocultaban la fascinante realidad de nuestro siglo XIX y sepultó mi ingenua visión de una edad histórica farragosa, atiborrada de infinitos pequeños sucesos. Y fui desde entonces hasta ahora un contemporaneísta. Sin que mi condición, durante treinta años, de profesor de Historia Moderna y Contemporánea me impidiese conocer, uno a uno, los distintos trabajos de Domínguez Ortiz que iban apareciendo. Ni, desde 1963, en que accedí a la Universidad Hispalense, los que había dedicado a Sevilla.

Dejémonos de recuerdos personales, que ahora no hacen al caso. Antonio Domínguez Ortiz nació el 18 de octubre de 1909, en Sevilla, y siempre gustó recordar que había sido bau-

tizado en la iglesia de san Pedro, la misma en que lo fue Velázquez. Estudió en los Escolapios, al tiempo que ayudaba a su padre en su taller. El arte escultórico no le sedujo particularmente, y sí le atrajo el estudio. En 1923 comenzó la carrera de Magisterio en la Escuela Normal, que terminó en 1927, y fue entonces cuando decidió cursar la carrera de Filosofía y Letras en nuestra Universidad, para obtener el título de licenciado en 1932. Sin embargo, las escasas posibilidades que en aquel momento le ofrecía su título le llevaron a ejercer de maestro nacional en Écija. Un año más tarde, tras un curso de adaptación, pudo enseñar en el instituto Murillo de Sevilla, y muy poco después, tras concurso oposición, fue profesor auxiliar de Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad Hispalense. Domínguez Ortiz, combinación muy poco clasificable de humildad, realismo y tenacidad, supo en cada momento aceptar lo que era posible, en una juventud llena de dificultades.

En estas circunstancias, limitadas pero promisorias, le sorprendió la guerra civil, y fue movilizado. Sin embargo, esa fortuna que nunca se esconde del todo en las más difíciles circunstancias, le brindó por primera vez en su vida la ocasión de trabajar en un archivo, el de la Capitanía General. No adivinaba entonces la cantidad de horas que iba a dedicar en el futuro a trabajar en los más diversos archivos, al servicio de la ciencia histórica. Apenas terminada la guerra, ganó por oposición una cátedra de Geografía e Historia en el instituto de Palma de Mallorca. No deja de ser curioso -al menos para un contemporaneísta- recordar que la máxima ambición profesional de don Antonio Maura consistía en ser catedrático de instituto de Palma de Mallorca, puesto que nunca logró. Domínguez Ortiz, que jamás tuvo otras miras que las puramente académicas, consiguió aquella cátedra en una de las poquísimas ocasiones en que decidió convertirse en opositor. La labor docente en la enseñanza media habría de ser, por vocación o por fortuna, su destino para toda la vida; así como la tarea investigadora al más alto nivel habría de convertirle en uno de los más conocidos historiadores españoles por espacio de medio siglo. De Mallorca pasó a Cádiz, y de aquí a Granada, hasta 1968.

Su tarea como investigador no fue, ciertamente, demasiado temprana. Su primer libro, publicado a los treinta y cinco años, cuando había pasado ya por tres institutos, fue *Orto y Ocaso de Sevilla*, un breve y precioso estudio dedicado a un periodo particularmente destacado de la historia de su ciudad natal, que don Antonio llevaba siempre en su corazón, por más que nunca volviera a ejercer en ella la función docente. *Orto y Ocaso de Sevilla* es una pequeña joya, densa, amena, sustanciosa, que parece escrita con un regusto especial, quizá también con una nostalgia especial, que supo abrir caminos nuevos y aportar conocimientos, observaciones e ideas que serían repetidos, quizás ampliados, pero nunca mejorados, por tantos historiadores que vinieron después. Don Antonio escribía con una claridad maravillosa, nunca con pretensiones literarias, pero siempre con una galanura atractiva que resultaba francamente grata. Producía la impresión de no tener prisa, pero trabajaba incansablemente con una constancia, una tenacidad y un rigor como pocos tuvieron, al punto de que la firma Domínguez Ortiz fue siempre algo parecido a un sello de garantía. Jamás escribió una obra, no diré ya mediocre, porque se sentía radicalmente incapaz de la mediocridad, sino de nivel intermedio, como destinada a cubrir un trámite. Para su afán investigador el agotamiento del tema y la excelencia de la aportación fueron consignas a las que en ningún momento renunció.

Fue investigador nato. Frecuentó con especial sagacidad archivos generales o especializados de Madrid, Sevilla, Zaragoza, Barcelona, Granada, Simancas, en las ocasiones que su vida docente le permitía. Y en aquellos centros era posible verle, enfrascado en sus papeles. Don Antonio trabajaba casi siempre con folios, porque las fichas le parecían demasiado reducidas para un cuadro estadístico de censos o de precios, o para una cita que necesitaba ser extensa; pero quizá sobre todo, porque siempre esperaba poder ampliar referencias de un mismo dato, y no le gustaba, como él decía, "trocear la historia". Un día de duro trabajo, alguien abrió una ventana, y todas aquellas hojas, fruto de cuatro meses de esfuerzo, volaron por los aires y se desparramaron por la sala.

Don Antonio no despegó los labios, no se le oyó una sola exclamación, y de rodillas, por entre los pasillos y debajo de las mesas, fue recogiendo una a una sus hojas, y ordenándolas con aquel numerito pequeño que le servía para compaginarlas, porque, para él, el orden era tan importante como el propio contenido. Siempre huyó del desorden en el trabajo como del diablo. Y solo con sus hojas ordenadas reanudó la tarea. Es curioso que don Antonio gustase recordar aquella escena de rodillas bajo las mesas, quizá porque esa escena refleja como pocas tres de sus mejores virtudes: la humildad, la paciencia y la perseverancia.

En 1955 llegó ese libro que tanto admiré en mis primeros años universitarios: *La sociedad española en el siglo XVIII*. Siguieron otros, *La clase social de los conversos en Castilla*, *Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII*, y varios más dedicados casi siempre a historia social, que pareció, durante los años cincuenta, consagrar su especialidad, y, que con independencia de otras dedicaciones, seguiría marcando su vida de investigador. Con todo, en 1960 publicó una obra en que la economía aparece como fundamental protagonista, *Política y Hacienda de Felipe IV*, un libro que leí ya en mi vida sevillana, y que me entusiasmó más aun que otro ninguno, por su contenido, por su claridad y por su capacidad para dejar a la luz clara del día tantos aspectos que hasta entonces habían oscurecido aquella época. Dos particularidades me llamaron especialmente la atención: en primer lugar, aquel libro de historia económica, cuajado de datos útiles y bien asimilables, apenas contenía cuadros, esos cuadros llenos de cifras frías y secas, apenas comentadas en párrafo aparte, a que tan aficionados fueron en aquel tiempo los especialistas en el método cuantitativo; y en segundo lugar, la historia económica se compaginaba con absoluta naturalidad con la historia política, una relación que por aquel entonces parecía casi prohibida. Quizá en ningún libro llegué a conocer la interesante personalidad humana de Felipe IV como en el dedicado a su hacienda.

Los años 60 pudieron cambiar su vida. Por un tiempo buscó don Antonio la oportunidad de volver a Sevilla. Un

día tuvo conmigo una confidencia que no esperaba de él: "Mire, Comellas: yo, la verdad, quería ir a Sevilla; mi mujer quería quedarse en Granada. Y, ella, como de costumbre, se salió con la suya". Efusión sincerísima que me emocionó, y una pequeña broma, de las que era capaz un hombre que solo muy de vez en cuando exteriorizaba su sentido del humor ...., y que por otra parte, en absoluto reflejaba un diferendo con doña Magdalena, su buena esposa. Pues bien, ni Granada ni Sevilla, sino Madrid. En 1968 fue catedrático del Instituto Tirso de Molina, de la capital de España, y más tarde, por muchos años, del Beatriz Galindo, la última cuenta de un largo rosario de institutos, en todos los cuales, sin excepción, dejó un extraordinario recuerdo por su bondad y su dedicación. Madrid significó para Domínguez Ortiz la fabulosa posibilidad de compatibilizar la docencia con el recurso inmediato a los más importantes centros de investigación. Dieciséis títulos en una década acreditan su prodigiosa actividad por entonces. Y rompiendo su dedicación a hechos sociales y económicos de la Baja Edad Moderna, trabajó sobre todos los temas posibles, abarcando desde la época de los Reyes Católicos a la de fines del Antiguo Régimen.

Su enorme prestigio le llevó a ingresar como miembro de número en la Real Academia de la Historia, (más tarde sería también Académico de Honor de esta de Buenas Letras); y a colaborar en grandes colecciones, como la Historia de España de Parry y Thomas, de la que fue autor del tomo IV, *The Golden Age in Spain*, o más tarde en la *Historia de de España Alfaguara*, de la que fue autor del tomo IV, o la *Historia de Andalucía*, de la cual presidió el Comité Científico, además de redactar diversos capítulos de aquella obra en ocho tomos. Los años no amenguaron la actividad investigadora de don Antonio, antes la acrecieron de una forma increíble.

En 1978 falleció su esposa, y en 1979 le llegó la edad de la jubilación. Su vida cambió radicalmente. Ya nada le ataba a Madrid, como no fueran sus múltiples compromisos con la investigación histórica que le retuvieron en la capital dos años más. En 1981, reclamado una y otra vez por su

hija, catedrática de un instituto de Granada, y casada con otro catedrático, decidió al fin irse a residir definitivamente a la ciudad del Darro, en la que viviría, sin dejar de trabajar un momento, todavía veintitrés años. Fue justamente el necesario abandono de la docencia la circunstancia que le permitió dedicarse en exclusiva a la investigación. Sin dejar de abordar temas más generales, se dedicó con preferencia a la Historia de Andalucía, y también particularmente a la Historia de Sevilla. Me lo encontré muchas veces por la calle, con su gran cartera en la mano, pues jamás abandonaba sus folios, con la mirada perdida en sus proyectos y en sus pensamientos, con su figura larga y su andar desgarbado, que parecía lento, y no lo era en absoluto, pues que resultaba difícil alcanzarle. A don Antonio era preciso agarrarle del brazo para que reparara en uno, y aun así, después de unos instantes de sorpresa, parecía despertar, se le iluminaba la cara con una tímida sonrisa, y solo entonces el amigo encontraba en él la cordialidad, el afecto, el profundo talante humano de aquel ser aparentemente frío, con su total, generosa disponibilidad.

Fue también aquella época la de su apoteosis final, la de su triunfo plenamente reconocido, la de las distinciones y los títulos, que recibió con sencillez, sin engreimiento alguno. Fue Premio Príncipe de Asturias, Premio Nacional de Investigación, fue declarado Andaluz Universal, más tarde Hijo Predilecto de Andalucía, y hasta fue elegido entre los "cien granadinos del siglo", siendo, junto con Manuel de Falla, el único no granadino que recibió tal honor. Fue nombrado doctor Honoris Causa por numerosas Universidades españolas y extranjeras, entre ellas las andaluzas de Sevilla, Granada, Córdoba y Cádiz. En Sevilla tuve el honor y la alegría de ser el encargado de contestar a su discurso magistral, y sentí la necesidad de terminar con una suerte de estrambote: "Don Antonio: usted sabe muy bien de mi admiración por su figura y su obra; pero hay algo todavía más fuerte: el enorme cariño que siento por usted". Aquellos ojillos grises se humedecieron ligeramente; los míos también.

No quiero terminar sin recordar aquel testamento, que lo fue, escrito a sus noventa y un años: *España, tres milenios*

de Historia. Es preciso haber estudiado y explicado durante toda una vida esos tres mil años que van desde los antiguos pobladores de la Península hasta los momentos de la Transición, para poder levantar ese monumento; y ese monumento tal vez solo estuviera en disposición de edificarlo un titular de la docencia como la que ejerció don Antonio Domínguez Ortiz. Pero, sobre todo, es preciso poseer una fabulosa capacidad de síntesis y unas dotes excepcionales de comprensión del pasado para presentarnos esos treinta siglos con la precisión, la claridad y la luminosidad que aparecen en este libro, que es un modelo de rigor histórico y al mismo tiempo se lee como una novela. No cabe duda de que don Antonio se hizo a lo largo de su vida miles de reflexiones sobre lo que es España, y cómo España fue España, incluso desde antes de su romanización. El testamento de Antonio Domínguez Ortiz no solo constituye la síntesis histórica sobre España más maravillosa que he leído jamás, sino que resulta una lección que los españoles de nuestros días tenemos, tal vez más que en ningún otro momento, la obligación de conocer. Quizá nunca terminemos de agradecérselo como merece.